16

A RIO REVUELTO...

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representada con extraordinario éxito por primera vez en el Teatro MARTIN el dia 26 de Noviembre de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID NAPOLI

73443

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE.....	Srta. Torrecilla (D.ª C.).
JUSTA.....	Sra. Solís.
MANUEL.....	Ss. Rodriguez (D. A.).

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de l venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete muy elegante en casa de Matilde.

ESCENA PRIMERA.

Sale JUSTA y mira á ambos lados

Ya los tenemos de pie.
Prevengamos el ingenio
y adelante con mi plan.
Otro triunfo y no pequeño;
ya he conseguido que duerman
en distintos aposentos,
y todavía no hace
tres meses que el himeneo
los unió en su dulce lazo.
Dicen que á rio revuelto
ganancia de pescadores;
y aquí soy yo la que pesco.
Jóvenes, recien casados,
dominados por los celos,
ni se acuerdan de la casa,
de lo cual yo me aprovecho...
¿Qué fuera sin estos gages
de las amas de gobierno?
El primo de la señora

está que bebe los vientos
por ella: ha sido su novio...
Don Manuel, cuando soltero,
le hablaba, no sé si á solas
ó en público, á un mamotreto
con más años que un palmar:
vino la boda, y *laus deo,*
se quedó la vieja *in albis.*
Las dos se han puesto de acuerdo
conmigo: me pagan bien;
la señora con sus celos
me encarga la vigilancia
de su marido, y yo accedo.
Él por su parte, tambien
me encarga que esté al acecho:
los cuatro sueltan la mosca,
y yo estoy... vamos, al pelo,
como decía mi difunto,
cabo de carabineros,
andaluz y con más gracia!...
Téngale Dios en su reino;
ya tengo doce mil reales
en casa de Froilan Cerros
el comediante: y es justo...
Señores... consideremos...
Digo... me parece á mí...
Pues para qué soy gobierno?

ESCENA II.

JUSTA y MATILDE.

MAT. Justa?
JUSTA. ¿Qué me manda usted?
MAT. ¿Se ha levantado ya?
JUSTA. Creo
que sí; pero no ha salido
de su cuarto.
MAT. Bien. Silencio:
que no sepa que he pasado
la noche en vela siguiendo
sus pasos.

USTA. Lo que es por mí,
no sabrá nada. Ni esto;
ya sabe usted quién soy yo
para guardar un secreto.
Justa me llamo, y lo soy;
y más callada que un muerto;
y no lo hago por...

MAT. (La da cuatro duros.) Tome usted.

JUSTA Señora...

MAT. Vamos...

JUSTA. Dinero!...
Que no lo tomo.

MAT. Por mí.
Es tanto lo que la debo...

JUSTA. No lo decía por tanto... (Tomándolo.)
Pero en fin, si es un empeño...

MAT. ¡Tunante! ¡Quería escaparse!
¿y á dónde?

JUSTA. Yo no lo entiendo;
pero al sermon no sería.

MAT. Á ver su dulce embeleso...
Su jamon, como ellos dicen.

JUSTA. Quizá haya usted dado en ello.

MAT. ¡Pillo! Me las pagará
todas juntas.

JUSTA. Eso, eso.
Vénguese usted, sí señora...
Con prudencia, por supuesto.
Le he sorprendido besando
un retratito pequeño.

MAT. El de la vieja.

JUSTA. Sin duda.
En cuanto ve que me acerco
se lo guarda en el bolsillo
y nunca he podido verlo.
Castíguele usté el ultraje
que sin razon le está haciendo;
no le mire usté á la cara;
nada, desprecio, desprecio,
y nada de explicaciones,
porque son muy marrulleros.
Seriedad, desden, desvío

y siempre cara de perro,
y despues que él se convenza;
cuando mire lo que ha hecho,
tendrán ustedes la paz,
la ventura y el sosiego,
que es lo primero en la vida
matrimonial, lo primero.

MAT. Es verdad. ¡Qué desgraciada
es la mujer que en acecho
tiene que estar de su esposo!
Cuando estaba en el colegio
las amigas me decían...
ya verás tú lo que es bueno!
y es claro, yo lo tomaba
porque era buena en efecto
la vida matrimonial...
¡Buena, sí, ya lo voy viendo!
Pero todos son así? (Seña afirmativa de Justa.)
¡Todos malos!

JUSTA. Hasta el hueso.

MAT. ¡Pues estamos divertidas!

JUSTA. Cuando empiezan los misterios
en un matrimonio, malo.

MAT. Y tan malo: ya lo veo.
¿Perdida la confianza,
qué nos queda? Nada.

JUSTA. Cierto.
¡Ya ve usted, á los tres meses
dormir en distintos lechos!...

MAT. Y yo que soy tan miedosa...

JUSTA. Claro; pasará usté... un miedo...
Eso no lo sufre nadie...
Es decir, yo hace ya tiempo
que duermo sola. ¡Murió
mi pobre Juan!... ¡Qué recuerdos!

MAT. Dígame usted: estoy fea?

JUSTA. ¡Cómo fea! Si es un cielo
esa cara.

MAT. ¿Estoy más flaca?

JUSTA. Al contrario: yo la encuentro
más gruesa. Y es natural.

MAT. Pues entónces no lo entiendo.

¿Qué será lo que mi esposo
habrá echado en mí de ménos?

JUSTA. Caprichos... Si son así...
Si los hombres todos ellos
debieran estar al sol
colgados por el pescuezo.

MAT. Dice usted bien.

JUSTA. Está claro.

MAT. Pues como pueda, lo cuelgo.

JUSTA. ¡Ay qué memoria la mía!
¡Mire usted que es mucho cuento!...
La modista ha traido el traje
y la cuenta.

MAT. Yo no tengo
la cabeza para nada.
Páguela usted.

JUSTA. (Por lo ménos
me gano dos ó tres duros.
Andando. Á río revuelto...)

MAT. Me parece que oigo pasos...

JUSTA. Él sale.

MAT. Me voy adentro,
que quiero enjugar mis lágrimas;
consultar con el espejo...
¡Dios mio, si seré fea
y el cristal me está mintiendo!

JUSTA. Él tiene algo, eso es sabido.

MAT. Obsérvele usted.

JUSTA. Lo ofrezco.
Por usted, bien sabe Dios,
que soy Justa, y no me meto
jamás en vidas ajenas.

MAT. De paso, me echaré un velo.
Quiero ir á misa.

JUSTA. Á rezar...

MAT. Conque en sus manos lo dejo.

JUSTA. Muy bien. (¡Pues en buenas manos
se va á quedar el pandero!)

MAT. ¡Qué desgraciada nací! (Váse.)

JUSTA. Ésta se tragó el anzuelo.

ESCENA III.

JUSTA y MANUEL.

MANUEL. ¿Dígame usted, doña Justa,
y Matilde?
JUSTA. Hace un momento
que ha salido de esta sala.
Le vió á usté y se fué corriendo,
MANUEL. Es decir, que huye de mí!
JUSTA. Es claro, el remordimiento.
MANUEL. ¡Qué dice usted!
JUSTA Yo, señor;
sólo á su dicho me atengo.
Usted me dijo que ella...
yo aquí ni salgo ni entro.
No tiene nada que ver
si por usted me intereso
más que por ella... ¡Mujeres!
Mire usted, yo soy del sexo
y sin embargo conozco
que tienen muchos defectos.
Los hombres tienen razon,
es preciso conocerlo.
¡Mujeres! Yo las colgaba
como melones de invierno.
Son lo mismo que las botas
de esos almacenes nuevos.
Muy lustrosas, muy bonitas,
muchos pespuntes supuestos,
y á nadie les vienen bien
y se rompen en un verbo.
MANUEL. Dice usted bien, doña Justa.
JUSTA. Justa soy, no lo desmiento.
¡Una casa tan tranquila!...
¡Un matrimonio tan bueno!...
¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!
(Veamos á ver si puedo
soltar una lagrimita.)
¡Ay, señor! (Queriendo llorar.)
MANUEL. Vamos, qué es eso? (Consolándola)

JUSTA. ¡Ay, señor! Esto es que lloro...
sin poder... (Á que reviento
sin poder llorar?)
MANUEL. ¡Qué alma!
JUSTA. Estoy haciendo un esfuerzo
por contener este llanto
hace dos meses lo ménos.
MANUEL. ¡Conque hace dos meses!
JUSTA. Sí.
MANUEL. ¡Dos meses! ¡Dos meses! ¡Cielos!
Pero por qué llora usted?
JUSTA. Porque á la señora quiero
como si fuera hija mia,
y á usted mucho más, y veo
lo desgraciados que son
y que no tiene remedio.
La cosa segun parece...
MANUEL. ¡La cosa! ¡La cosa! ¡Tiemblo!
JUSTA. Ayer tarde estuvo á verla
el médico.
MANUEL. ¿Y bien?
JUSTA. Se fueron
al comedor y allí hablaron
muy bajito.
MANUEL. ¡Cómo! ¿El médico?...
JUSTA. Estará en el ajo.
MANUEL. Qué!
JUSTA. El doctor es perro viejo.
MANUEL. ¿Qué me quiere usted decir?
JUSTA. Que las mujeres tenemos
caprichos, y qué caprichos!
Si usted supiera...
MANUEL. Lo creo.
JUSTA. Yo les oí unas palabras.
Á ver, á ver si me acuerdo.
El médico le decía:
Señora, ya no hay remedio;
tenga usted mucho cuidado
y démosle tiempo al tiempo.
Distráigase usted, pasee.
Eso sí, mucho paseo;
y si fuera indispensable

la mandaré á usté á su pueblo.
¿Lo sabe su esposo?—No,
¡y eso es lo que yo me temo!
Tenerle que declarar!...
Qué vergüenza! ya me muero!
—Y qué remedio, hija mia!
Que tenga paciencia.

MANUEL. ¡Cielos!

JUSTA. *Que no se hubiera casado*
y no corriera ese riesgo;
que no es el primer marido
que carga con el mochuelo.
Esas son cosas muy propias
de su edad. Yo la aconsejo
la prudencia sobre todo.
Mucha prudencia y sosiego.
¡Cuidado que es mucha infamia!

MANUEL. ¡Dios mio, qué estoy oyendo!

JUSTA. Á un hombre tan puntual
para todo. Tan completo,
como se suele decir.
Sin una tacha. Un modelo
de inocencia, y tan buen mozo
por añadidura.

MANUEL. Pero...

JUSTA. ¡Sí señor, es una infamia!
Verdad que yo no lo creo;
pero cuando el rio suena...

MANUEL. Doña Justa, por San Pedro,
no me haga usted saber cosas
que me desgarran el pecho.

JUSTA. Á mí lo que me preocupa
son los caprichos tan feos
que tiene. ¿Qué piensa usted
que le sirvió ayer de almuerzo?
¡Vamos, nadie lo diría!

MANUEL. El qué?

JUSTA. ¡Un chorizo extremeño!

MANUEL. ¡Un chorizo!

JUSTA. Sí señor.

MANUEL. Jesús!

JUSTA. Y no queda en eso.

¡Le pidió al doctor tabaco!

MANUEL. Y él se lo dió?

JUSTA. Por supuesto.

MANUEL. ¡Una mujer tabacosa!
que es lo que más aborrezco!

JUSTA. Ya ve usted, yo, siendo vieja,
lo que es el polvo, ni olerlo.
Y le gusta el marrasquino.

MANUEL. ¡Qué es lo que está usted diciendo!

JUSTA. Y ademas, tiene un ramito.
guardado, y le da unos besos!...

MANUEL. ¿Un ramo?

JUSTA. Un ramo de flores.
Ademas, tiene un empeño
en oir misa diaria...
Conque aplíquele usté el cuento.
Vea usté con tanta inocencia,
al parecer; pues sospecho
que debe ser inocente:
salió há poco del colegio...
Dios me ha traido á su casa
para su bien; y le advierto
que si le digo estas cosas
lo hago sólo en un exceso
de cariño, porque yo
soy Justa y nunca me meto
en vidas ajenas.

MANUEL. Bien.
Doña Justa, le agradezco
el interés que se toma,
que yo sabré cómo debo
recompensar.

JUSTA. No lo digo
por tanto. Yo sólo anhelo
el bienestar de su casa,
y su dicha, su contento.

MANUEL. Ella me las pagará
todas juntas.

JUSTA. Eso, eso.
Castigue usted su desvío
con prudencia, por supuesto.
Hablarla, ni una palabra.

Póngale cara de perro
y nada de explicaciones,
que se rebaja usté en ello.
(Así los mantengo en jaque
y siga el rio revuelto.)
Devuélvale usté el agravio
que sin razon le está haciendo;
y despues que se convenza,
cuando conozca su yerro,
tendrán ustedes la paz,
la confianza, el sosiego,
que es lo primero en la vida
matrimonial, lo primero.

MANUEL. Es verdad. ¡Qué desgraciado
es el hombre que en acecho
tiene que estar de su esposa!
Toda la noche despierto
me ha tenido. ¿Qué querría?
¿Cuál sería su proyecto?
Yo la he seguido los pasos;
no la perdí ni un momento
de vista.

JUSTA. Ya le ví á usted
convertido en un sereno.

MANUEL. Pretendería salir?

JUSTA. Sin duda á tomar el fresco.

MANUEL. Ó á ver al pollo.

JUSTA. Quizás...
Pero soy Justa y no quiero...
¡Y si viera usted qué frio
pasé anoche!... Hasta los huesos
me penetró; y no estoy buena,
ya se vo, como no tengo
ninguna prenda de abrigo...

MANUEL. Tome usted. (Dándole una moneda.)

JUSTA. No.

MANUEL. Se lo ruego.
Cómprese usted un manton.

JUSTA. No; no, señor...

MANUEL. Se lo ordeno.

JUSTA. No lo decía por tanto...
Pero, en fin, si es un empeño...

Ella va á salir.

MANUEL. Me voy
¿Tendré el rostro descompuesto,
no es verdad?

JUSTA. Como un cadáver.

MANUEL. Voy á ver si me sereno.
Necesito aparentar...

JUSTA. Ay, señor; ahora me acuerdo.
El cochero subió ayer...

MANUEL. Por qué?

JUSTA. Por cincuenta pesos
para comprar más cebada.

MANUEL. ¿Se los dió usted?

JUSTA. Sí.

MANUEL. Pues bueno.
Que se la coma si quiere. (Vase.)

JUSTA. Así nos vamos poniendo...
Tiene que partir conmigo.
Adelante; á rio revuelto...
Pues mi señor don Manuel
tambien se tragó el anzuelo.
Cuatro duros... y un mantón...
Los otros ayer me dieron
dos magníficas propinas.
Pues señor, estoy al pelo;
como decía el difunto
cabo de carabineros. (Vase foro.)

ESCENA IV.

MATILDE.

¿Señor... qué me ha sucedido?...
¡Me ha engañado el fementido!...
¡Infeliz de la mujer
que llega cual yo á perder
la confianza del marido!
¡Y aún hay quien en ellos crea
y se vuelva una jalea
con el pecho de amor lleno!...
¡Pues señor; si esto es lo bueno,
que venga Dios y lo vea!
¿Cómo es que en su pecho cabe

tanta doblez? *Él suave*
al casarnos me decia...
Toma; ahí tienes, vida mia,
de mi corazon la llave.
Si un tiempo, que ya pasó,
al falso placer se abrió
de mi corazon la puerta,
hoy, que tu amor está alerta,
la cerradura se echó.
¿Pues si en estrecha clausura
mi corazon asegura
el suyo de tal manera,
qué fuera si no estuviera
echada la cerradura?
el mundo tiene la idea
que el hombre corrido, es tea
que su fuego ha consumido...
¿Si esto hace el hombre corrido,
que hará aquel que no lo sea?
El ingrato me juraba
que su existencia era esclava
de la mia: que mi amor
era su encanto mayor,
que con mi aliento alentaba...
Si esto es siendo yo su vida,
siendo su encanto y su egida,
no siéndolo, si por Dios:
si ahora tiene una querida,
entónces tendría dos.
¡Esto es insufrible! ¡Es cosa
inexplicable... horrorosa!
¡Pillo, que con tal exceso!...
¡Que venga á pedirme un beso!
¡Que venga á decirme hermosa!
¡Hipocresía inaudita!...
¡Audacia se necesita
para fingir de ese modo!...
¡y mi Manuel sobre todo,
que parece un jesuita!...
Si... desde España al Mogol...
colgarlos todos al sol,
y asi el mundo en paz se queda..

¡Pillete!... ¡Como yo pueda,
te cuelgo como un farol!

ESCENA V.

MATILDE y MANUEL

MAT. (¡Él es. Quisiera y no sé
cómo contener mi enojo!)
MANUEL. (Ella... y mira de reojo!...
¡Me teme: claro se ve!)
(Pausa. Manuel se pasea agitado.)
MAT. Buenos dias.
MANUEL. Buenos dias. (Pausa.)
MAT. Has dormido bien?
MANUEL. Muy bien. (Pausa.)
¿y tú, has dormido?
MAT. Tambien. (Se sienta.)
MANUEL. Me alegro. (Pausa. Se sienta.)
MAT. Qué??
MANUEL. Qué?
MAT. Decias?...
MANUEL. Nada, y tú?
MAT. Lo mismo.
MANUEL. Ya! (Pausa.)
(Matilde toma el velo, que habrá dejado al salir.)
(Toma el velo.)
(Tomando su sombrero.)
MAT. (Va á salir.)
MANUEL. (La sigo.)
MAT. (Le he de seguir.)
MANUEL. (No se escapa.)
MAT. (No se va.)
(Se dirigen los dos al foro.)
MANUEL. ¿Te espera alguna funcion?
MAT. Á mi?
MANUEL. Sales tan de prisa!...
MAT. Es que tengo que ir á misa.
MANUEL. Yo tengo que ir al sermon.
(Salir sola... No me fio!)
Yo iré contigo.
MAT. Si quieres...

MANUEL. (Lo que saben las mujeres!...)
MAT. (Pero qué pillos, Dios mio!)
(Manuel se acerca mucho á Matilde.)
MANUEL. Á ver, acércate. (No...)
MAT. Vamos, qué quieres?
MANUEL. Creía...
MAT. El qué, di?
MANUEL. Me parecía...
notar un tufillo...
MAT. Yo!...
(Se tapa la boca con el pañuelo.)
MANUEL. (Se altera!... Voto á los moros
de Argel!...)
MAT. (Lo ha notado al vuelo!)
MANUEL. (Se escuda con el pañuelo!
No hay más. Ciertos son los toros!)
Pues si es que salir intentas,
vamos.
MAT. Vamos.
MANUEL. (Qué dulzura!
Yo te meteré en cintura.)
MAT. (Yo te ajustaré las cuentas.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS y JUSTA, al foro.

JUSTA. Vayan ustedes con Dios,
y les doy mi parabien.
MAT. Vamos á misa.
JUSTA. Muy bien.
Así, juntitos los dos...
(Doña Justa toma un cepillo y se coloca entre los dos. Al pasarle el cepillo á D. Manuel, le dice el aparte. Se vuelve en seguida, y colocándole bien el lazo á Matilde, la habla tambien aparte.)
(Mucho ojo, siempre á la oreja.)
(Primero á Manuel y luégo á Matilde.)
¡Qué hermosos son, Virgen santa!
¡Yo no sé quién no se encanta
con la paz de esta pareja!
MANUEL. Cuidado, Justa.

JUSTA En lo interno
no tema usted que suceda
nada malo, que aquí queda
toda una ama de gobierno.
(Vánse Matilde y Manuel.)

ESCENA VII.

JUSTA.

Será condicion precisa
del hombre que la mujer
le domine á su placer?
Salir juntos!... Ir á misa!...
Qué sé yo; esto manifiesta
algo por lo que distingo...
Puede que hoy por ser domingo,
santifiquemos la fiesta.

ESCENA VIII.

JUSTA, MATILDE y MANUEL.

MANUEL. Ui! qué mujer!
MAT. Qué marido!
MANUEL. Yo no puedo más!
MAT. Ni yo
MANUEL. Esto es hecho!
MAT. Se acabó!
JUSTA. Pero señores, qué ha sido?
MAT. Un desaire!
MANUEL. Una tontera!
JUSTA. Alguna niñada, es llano.
MAT. ¡Que no me ha dado la mano
para bajar la escalera!
¡Sin ver á lo que me expones!
JUSTA. (Pues con tiempo se previene!)
MANUEL. ¡Pero Matilde, si tiene
la escalera ocho escalones!
MAT. Es una falta!
MANUEL. Una falta?
JUSTA. Si señor, de cortesia.
MAT. Eso no me importaria;

pero otra razon me exalta.
MANUEL. Otra razon dices!
MAT. Sí.
MANUEL. Mujer, me llenas de espanto!
MAT. Y á ti te interesa tanto
como me interesa á mi.
MANUEL. Dispensa si preocupado
me olvidé...
MAT. ¡Cosa chistosa!
¡Olvidarse de su esposa
cuando la tiene á su lado!
MANUEL. Mujer, por poco te alteras.
JUSTA. (Calma.—Prudencia.)
(Primero á Manuel y luégo á Matilde. Pausa.)
MANUEL. ¿Y qué hacemos?
¿Nos quedamos ó volvemos
á salir?
MAT. Como tú quieras.
MANUEL. (En su semblante estoy viendo
todo lo que en ella pasa.
Se quiere quedar en casa.)
MAT. (Quiere ir solo: ya lo entiendo.)
Pues sabes lo que te digo?
MANUEL. Que te quedas? Bien, yo iré.
(Desde enfrente observaré!)
JUSTA. (Ap. á Matilde.) (Que se escapa.)
MAT. Voy contigo
JUSTA. Tranquilidad, juicio, calma.
(Ap. á Matilde.) (No sospechamos en vano.)
MANUEL. Conque...
MAT. Me darás la mano?
MANUEL. Sí, mujer, con toda el alma.
JUSTA. (Á Manuel.) (Algo entre las manos trae.)
Si, se la debe usté dar;
que pudiera resbalar,
y si resbala se cae:
que en la presente estacion
están esas calles... pues,
tan resbaladizas, que es
muy fácil un resbalon.
MANUEL. (Queria quedarse. Entendido.)
MAT. (Quería escaparse. Descuida.)

MANUEL. Vamos, esposa querida?
MAT. Vamos, esposo querido.
(Toma el brazo de Manuel y se van por el foro.)

ESCENA IX.

JUSTA.

¿Qué apostamos á que no
dan cuatro pasos siquiera
sin tener otro altercado?
No hay remedio; el que bien siembra
recoge el fruto; y pues yo
sembré la discordia, es fuerza,
pues, que en mi propio provecho
recoja grande cosecha.
¡Ay! el cielo me perdone;
pues él sabe que mi idea
no es hacerle daño á nadie,
y á mí todo el bien que pueda.
Pero ya escucho sos voces
Disputan en la escalera.
Si cuando yo lo decía....
Tengo nariz de podenca,
oido de topo y vista
de lince, que son tres prendas
precisas en la mujer
si ha de ser mujer completa.

ESCENA X.

JUSTA, MATILDE y MANUEL.

MAT. No vuelvo más á la calle
contigo!
MANUEL. (Señor, prudencia;
porque si me desespero
se viene la casa acuestas!)
JUSTA. ¿Pero qué ha pasado ahora?
MANUEL. Nada, doña Justa.
MAT. ¡Apenas!
¡Que me llevaba en volandas
como el que lleva una prenda

colgada al brazo!

JUSTA. Ya.

MAT. Pues.

MANUEL. ¿Y quién te manda que seas tan chica? No es cierto?

JUSTA. Justo.

MANUEL. Soy lo mismo que ántes era, y ántes alcanzaba bien.

MANUEL. Habrás menguado.

JUSTA. Por fuerza.

MAT. Puede que tú hayas crecido.

JUSTA. Puede ser.

MANUEL. ¡Deten la lengua! ¡Yo no he crecido, ni quiero! ¡Pues me gusta la ocurrencia!

MAT. Me llevaba así... colgada. Lo mismo que un toro lleva las banderillas de fuego.

MANUEL. ¿Qué comparacion es esa?

MAT. Una que se me ha ocurrido.

JUSTA. ¿Ha visto usted qué inocencia?

MANUEL. Lo que quieres es quedarte en casa.

MAT. Y tú lo que anhelas es irte solo...

JUSTA. Á oir misa.

MAT. Pues no te vas.

MANUEL. No te quedas.

MAT. Sí, me quedo.

MANUEL. Sí, me voy.

MAT. Á que no

MANUEL. Cuando yo quiera.

MAT. Lo veremos.

MANUEL. Ahora mismo. (Echa á correr.)

MAT Yo tambien. (Corriendo detrás de él.)

(Vánse Manuel y Matilde.)

ESCENA XI.

JUSTA.

Á que se pegan!

Nada de extraño tendría.
¿No se han visto tales gresca
en ciertos sitios que callo?
yo he visto algunas escenas
entre gentes muy decentes
que han terminado en tragedia.
¡Á que están yendo y viniendo
y sin la misa se quedan!
Tal para cual. Dios los cria
y ellos se juntan. Pareja
más igual es imposible
que pueda hallarse en la tierra!
Qué casa! Gracias á mí,
que soy quien mira por ella.
La cuenta de la semana...
Á ver, aquí está la cuenta.
(Sacando un cuaderno pequeño del bolsillo.)
Veinte arrobas de carbon.
No es mucho; el carbon de piedra
pesa tanto... y la cocina
es económica: inglesa.
Té, chocolate, café,
azucarillos, manteca,
solomillo, patas, sesos,
jamon, chorizos, chuletas.
Yo siempre les pongo en globo
todas estas menudencias:
gallinas, pollos, perdices,
salchichon y otras frioleras.
Mil setecientos reales.
Huevos, catorce docenas.
Fósforos, veintidos cajas.
Peregil, cuatro pesetas,
etcétera. Y así todo
Me parece que está en regla.
Porque lo que es para mí
lo primero es la conciencia.
Pues señor; voy á llegarme,
que aun cuando es dia de fiesta,
hablaré con don Froilan,
y le daré la miseria
que he reunido en estos dias.

—Quién sube de esa manera?...
¡Si son ellos otra vez!
¡Se van á gastar las piernas!
¡Dios mio, qué trompas traen:
huyamos de la refriega. (Váse.)

ESCENA XII.

MATILDE y MANUEL.

Entran furiosos por el foro: se separan: ella tira el velo, él el sombrero, y se pasean de proscenio á foro, cada uno á un lado de la escena. Pausa.

MANUEL. (El pollo estaba en la esquina!)
MAT. (Me he encontrado con la vieja!)
(Manuel se para de pronto: Matilde sigue paseando.)
MANUEL. (Y despues de todo, vamos.
¡Esto es lo que me subleva!
Si fuera un buen mozo al ménos.
Mas si es una sanguijuela!)
(Vuelve á pasear.)
MAT (Qué habrá encontrado ese hombre
en esa mujer?—¡Es fea,
vieja, cargada de espaldas
y picada de viruelas!) (Se pasea.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS y JUSTA.

JUSTA. Señoritos? el almuerzo
puesto está sobre la mesa.
MANUEL. No quiero nada!
JUSTA. No?
MANUEL. (Sentándose.) No.
JUSTA. Y usted?
MAT. (Se sienta.) Morirme quisiera!
JUSTA. ¿Qué hacemos?
MANUEL. Tírelo usted!
JUSTA. Lo haré como me lo ordena.
(Á rio revuelto... Mañana

vuelve á servir, y se cuenta
dos veces el mismo almuerzo.
Adelante: algo se pesca.)
Oyó usted la misa? (Á Manuel.)

MANUEL. Sí.
JUSTA. (Á Matilde.) Y qué tal ha estado?
MAT. Buena!
JUSTA. (Ya te lo dirán de misas.
(Pasando por detrás de Manuel y yendo al balcon.)
Ahora si que habrá tragedia!
yo voy á escurrir el bulto,
que el primito me hace señas.)
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA XIV.

MATILDE y MANUEL.

(Pausa.)

MANUEL. ¡Traidora!
MAT. ¡Malvado!
MANUEL. ¡Infiel!
MAT. Fementido!
MANUEL. Coqueta!
MAT. Coqueto!
MANUEL. Luzbel!
MAT. Basilisco! (Pausa.)
MANUEL. Las hembras!
MAT. Los machos!
MANUEL. El pollo!
MAT. El vestiglo!
MANUEL. La misa!
MAT. El sermon!
MANUEL. Le he visto!
MAT. La he visto. (Pausa.)
¿Te gusta el jamon...
añejo?
MANUEL. Si; frito.
MAT. Me engañas.
MANUEL. Qué dices.
MAT. Te gusta crudito. (Pausa.)
MANUEL. Los pollos te gustan?

MAT. Asados.
MANUEL. No; vivos.
MAT. Si yo tengo antojos
tú tienes caprichos.
MANUEL. Ya basta.
MAT. Pues basta. (Pausa.)
MANUEL. Matilde, es preciso
que acabe esta vida.
MAT. Sospecho lo mismo.
MANUEL. Pues nada.
MAT. Pues nada...
MANUEL. Lo dicho.
MAT. Lo dicho. (Pausa corta.)
MANUEL. Mas no te imagines (Se levanta.)
que rotos los vínculos
de amor que nos unen,
podrás á tu arbitrio
gozar de la vida:
seré tu martirio;
que en odio profundo
se trueca el cariño
más grande y más puro
cuando es ofendido.
Y he de ser tu sombra;
y al menor indicio
de dicha que encuentres
te hallarás conmigo,
de pálido rostro,
de negro vestido,
cual muerto que deja
su fúnefre nicho
Escuálido, grave,
con ojos hundidos;
nariz afilada;
con labios marchitos,
con voz de sirena
y barbas de erizo.
MAT. Estamos conformes; (Se levanta.)
tus frases repito.
Si piensas burlarte,
cuidado conmigo.
Pues no te imagines

que rotos los vínculos
de amor que nos unen,
podrás á tu arbitrio
gozar de la vida...
Seré tu martirio;
y habrás de encontrarme
en todos los sitios
que poses tu planta
con fines inícuos;
y donde te encuentre
te mato á pellizcos,
por más que te halles
de negro vestido;
escuálido y grave,
con ojos hundidos,
nariz afilada
y labios marchitos,
y voz de sereno
y barbas de chivo.

MANUEL. Allá lo veremos.

MAT. Por visto.

MANUEL. Por visto;
que no me conformo,
que no me resigno
á ser tu juguete
y á estar en ridículo,
con una señora
que tiene los vicios
de tomar tabaco,
beber marrasquino,
pasear de noche,
saludar á un primo
que no es de mi agrado:
besar un ramito,
oir misa diaria
y comer chorizos.

MAT Esos son antojos.

MANUEL. Que yo no permito.

MAT. Tampoco yo sufro
el rancio capricho
del jamon añejo,
conque en paz, amigo.

MANUEL. Pues no hay paz que valga.
No quiero sufrirlo.
MAT. Pues ni yo tampoco
lo sufro; concluido.
MANUEL. Terminemos.
MAT. Pronto.
MANUEL. Mañana.
MAT. Ahora mismo.
Y estaré tranquila.
MANUEL. Y estaré tranquilo.
Sin mujer!
MAT. Sin hombre!
MANUEL. Qué afan!
MAT. Qué fastidio!
Viviré solita!
MANUEL. Viviré solito!
MAT. Qué dicha!
MANUEL. Qué gloria!
MAT. Lo dicho?
MANUEL. Lo dicho.
MAT. Yo libre!
MANUEL. Yo libre!
MAT. Yo salto!
MANUEL. Yo brinco!
LOS DOS. Y de hoy para siempre
tendré por sabido
que es estar casados
estar en presidio.

(Se van cada uno por su lado. Pausa corta.)

ESCENA XV.

JUSTA.

Sale por el foro con dos cartas en la mano.

El primito me ha entregado
estas dos cartas. Á Roma
por todo; yo las entrego
y que allá se las compongan.
Yo no debía entregarlas,
pero está tan mal la cosa,

que si una puede ganarse
honradamente una onza...
Lo cierto es que voy estando
al pelo. Ruede la bola.
Don Manolito? Esta carta.
(Acercándose á la puerta derecha.)
Aquí la dejo.—Señora?
(Á la puerta izquierda.)
Esta cartita.—Aquí queda.
(Deja las cartas, cada una en un velador.)
Va el negocio viento en popa!
Ahora á ver á don Froilan,
que es visita que me importa.
Doce mil reales! Al pelo!
Al pelo! No hay quien me tosa.
(Vése por el foro.)

ESCENA XVI.

MATILDE y MANUEL.

Al salir cada uno toma su carta y lee para sí.

MANUEL. (Es posible! Mi Matilde!...
Mi costilla!... Me sofoca
la ira! Sí; doña Justa
dice bien, no se equivoca.)
MAT. (Es posible! Mi Manuel...
mi compañero... Me ahoga
la pena! Sí, doña Justa
tiene razon que la sobra!)
MANUEL. Está bien! ¡Conque así faltas
á tus deberes de esposa!
Bien dicen, que nunca el rio
suena sin razon, señora.
¿Qué merece la mujer
infiel, inícua, alevosa,
que faltando á sus deberes
á su marido deshonra?
MAT. Yo! No entiendo lo que dices.
MANUEL. Conque no entiendes? Gazmoña!
MAT. ¿Y qué merece el marido

que á su mujer abandona
y que anda de picos pardos
con mujercillas sin honra...
y en coche?

MANUEL. Qué estás diciendo?
No entiendo...

MAT. No, eh?

MANUEL. Ni jota.

MAT. Ahora verás!

MANUEL. Ya veremos.

MAT. Mira. (Mostrándole la carta.)

MANUEL. Mira. (Lo mismo.)

MAT. Toma. (Dándosela.)

MANUEL. Toma. (Lo mismo.)

MAT. (Leyendo.) «El jueves por la tarde iba su »esposo muy rendido en un coche, acom- »pañado de una buena moza por la Fuente »Castellana.»

MANUEL. Cómo!

MAT. Lo que estás oyendo!

MANUEL. Si? Pues escucha esta otra.
(Lee.) «El jueves por la tarde iba su esposa »muy rendida en un coche, acompañada »de un buen mozo por la Fuente Caste- »llana.»

MAT. ¡Cómo!

MANUEL. Lo que estás oyendo!
¿Me lo negarás ahora?

MAT. Calumnia! Infame calumnia!

MANUEL. Calumnia es lo que á mí toca;
pero esto es verdad.

MAT. Mentira.
Verdad es esto. Me consta.
¡Bien me decía mi madre!
¡Llévale la rienda corta
á tu esposo, que los hombres
ó lo mejor se desbocan!

MANUEL. Pobre tio! Bien decías!
Á las mujeres de ahora
siempre la cuerda tirante;
y ¡ay! de tí! si se la aflojas.

MAT. Ridículo, bochornoso! (Paseándose agitada.)

MANUEL. Situacion más afrentosa!
MAT. Venga un puñal! Un veneno!
MANUEL. ¡Venga una ametralladora!
(Se pasean furiosos, y por último se dejan caer en un sillon.)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS y JUSTA con una carta.

JUSTA. ¡Hola, hola! estamos de monos!
¡Sea todo por Dios! (Me alegro!
Parece que las cartitas
han producido su efecto.)
Tome usted, señor. (Le da la carta)
MANUEL. Á ver.
JUSTA. (El negocio marcha al pelo.)
Pues señor, parece que hoy
me han convertido en correo.
(Aún no he visto á don Froilan.)
MANUEL. (¡Dios mio, qué estoy leyendo!)
Márchese usted, doña Justa.
JUSTA. Sí señor. (¡Al pelo, al pelo!)
(Váse por el foro.)

ESCENA XVIII

MATILDE y MANUEL.

MANUEL. ¡Matilde! Matilde mia!
¡Matilde!
MAT. ¡Pero qué es esto!
MANUEL. ¡Ay, Matilde de mi alma!
hemos estado durmiendo.
MAT. Al revés; no hemos dormido.
MANUEL. Tú eres buena; yo soy bueno.
Estos son buenos. (Por la carta.)
MAT. Manuel,
vas á conjugar un verbo?
MANUEL. Soy feliz!
MAT. Qué?
MANUEL. La verdad.

Escúchame, que ya leo.
(Lee.) «Un vecino condolido
»de lo que pasa en su casa,
»va á decirles lo que pasa
»como acto de humanidad.
»Causa de todos sus males
»es el ama de gobierno.
»Conque mandadla al infierno
»y así vivireis en paz.
»No os separeis, al contrario.
»Union en vez de desvio.
»Este es el método mio,
»y á él le debo mi quietud.
»Os lo dice un matrimonio
»para el cual ya no hay engaños,
»porque hace cuarenta años
»que lleva acuestas la cruz.
»Cruz, que si no se comparte,
suele ser de tomo y lomo;
»cruz que parece de plomo
»si no se lleva entre dos.
»Conque así llevadla á escote
»sin que el demonio os lo impida
»y pasareis vuestra vida
»en paz y en gracia de Dios.
»Desde el balcon hemos visto
»al primito que pasaba
»y dos cartas le entregaba
»á doña Justa. Mirad
»las dos letras. Son iguales
»sin duda.—Vaya al infierno
»doña Justa y su gobierno
»que es como... Punto final.»
Has oido?

MAT. Y tiene razon.

MANUEL. Quién será este consejero?
Le conoces tú, Matilde?

MAT. Pues quién ha de ser? El médico
y su mujer. Son dos santos,
y viven enfrente.

MANUEL. Es cierto
Sí, reconozco la letra.

No cabe duda, son ellos.
MAT. Me ha indicado varias veces...
MANUEL. Dios se lo pague. Miremos
las cartas. La misma letra.
Pero, calla! Ahora recuerdo...
el jueves! ¡el jueves fué
cuando te llevé á paseo
en coche á la Castellana!
MAT. ¡Es verdad!
MANUEL. ¡Pero qué ciegos
vuelven los celos á un hombre!
Malditos, malditos celos!
MAT. Era yo la buena moza.
MANUEL. Y yo el buen mozo. Agradezco...
¿Y qué intentabas anoche?
MAT Que como estabas despierto
te acechaba.
MANUEL. Pues yo á ti.
MAT. Querias salir?
MANUEL. Ni por pienso.
MAT. Ni yo tampoco.
MANUEL. ¡Ay, Matilde;
bien se ha estado divirtiendo
doña Justa con nosotros.
Pero dime, esos excesos
del marrasquino y de... de..
MAT. Son... antojillos que tengo.
MANUEL. Ya caigo! Conque antojillos?
Y el rapé que te dió el médico?
MAT. Otro antojillo.
MANUEL. Pues mira,
desde este instante le ofrezco
que lo tomaré á puñados.
Si, Matilde, pues no quiero
que nadie, mientras yo viva
te provea á tí de eso.
Y el ramo?
MAT. Es el que me distes
la otra tarde.
MANUEL. Vamos, veo
que estábamos locos.
MAT. Si.

Cuando estoy sola lo beso,
porque como tú me huyes...
le beso á él. Qué remedio?

MANUEL. Qué hablastes con el doctor?

MAT. Muy poco Preguntó el tiempo
que llevábamos casados,
y me dijo... Bien, veremos...
me parece... me figuro...
Y nada más.

MANUEL. Justo cielo!
¡Yo voy á volverme loco!
Qué alegría! Qué contento!
¡Que viva el doctor! No, yo!
¡Ajooó! ¡Me lo como á besos!
(Al decir Manuel «¡Ajooó!» cruza los brazos como si llevára un niño en ellos y lo besára.)
Cuídate mucho.

MAT. Eso dijo.

MANUEL. Por mi parte te prometo...

MAT Y ahora que de besos hablas,
dónde está un retrato?...

MANUEL. Tenlo. (Dándole un retrato.)

MAT. Es el mio! ¿Y lo besabas?

MANUEL. Sí, como tú estabas lejos...

MAT. La culpa es de doña Justa.

MANUEL. Descuida, tendrá su premio.

MAT. Conque la vieja?...

MANUEL. ¡Por Dios!
¿Me crees capaz?...

MAT. No lo creo.

MANUEL. El primito?...

MAT. Eso no es hombre!

MANUEL. Cómo! Qué!

MAT. Si es un muñeco!
Si hace un año poco más
que ha salido del colegio.

MANUEL. Conque doña Justa...

MAT. Ella
lo trajo todo revuelto,
y me decía que tú...

MANUEL. Á mí me lo dió por cierto.

tendrá en esta. Lo prometo:
y para vivir en paz
mañana nos marcharémos
al Cármen de Andalucía.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS y JUSTA.

JUSTA. ¡Ay señor, qué contratiempo!
MANUEL. Qué le ha sucedido á usted,
doña Justa?
JUSTA. ¡Trance horrendo!
¡Que ha quebrado el comerciante
que tenia mi dinero
y me ha dejado peristau!
MAT. Justo castigo del cielo.
MANUEL. Se descubrieron sus tramas,
amiga.
JUSTA. Qué estoy oyendo!
MANUEL. Nada de palabrerías.
¡Á la calle!
JUSTA. Qué!
MANUEL. Al momento.
Usted llevaba y traía
dando pábulo á los celos.
Usté atizaba la hoguera,
para su propio provecho.
JUSTA Señor, yo me enmendaré.
Pequé; mi culpa confieso:
Ama de gobierno era
y miré por mí primero.
Oí decir que es la marcha
y me sedujo el ejemplo.
MANUEL. Si su gobierno es así,
no quiero yo su gobierno,
que se parece al de España
con sus cálculos y arreglos.
JUSTA. Tiene usted mucha razon.
Él me sirvió de modelo.
MANUEL. Pues busque usted otra casa
porque cayó el ministerio.

JUSTA. Señor, yo me enmendaré!
MANÚEL. Tanto en sus promesas creo,
como creo en las de aquel.
Conque á paseo, á paseo,
JUSTA. ¡Señorita, por la Vírgen!...
MAT. Yo desde hoy sólo respeto
la opinion de mi marido
y sólo oiré sus consejos.
JUSTA. Y á dónde voy?
MANUEL. Al hospicio.
JUSTA. ¡Ay de mi!
MANUEL. Ó á los infiernos.
JUSTA. Deme usté para el viaje.
(Manuel le vuelve la espalda.)
Bajaré un treinta por ciento
de los gastos.
MANUEL. Nada. Afuera!
JUSTA. ¡Ahora sí que estoy al pelo! (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA.

MATILDE y MANUEL.

MANUEL. ¡Matilde! (Abrazándola.)
MAT. ¡Oh felicidad!
¡Manuel, Manuel de mi alma!
¡Oh, cuán hermosa es la calma
despues de la tempestad!
Nuestro sol de paz divino
enturbió por un momento
ligera nube que el viento
se llevó en su torbellino.
MANUEL. Dichoso el hombre que alcanza
la confianza en su mujer.
¿Qué dicha puede caber
en donde no hay confianza?
A enmendar nuestros errores,
y está el problema resuelto.
Matilde, Á RIO REVUELTO
ganancia de pescadores.

73443

FIN.

19430

Digitized by Google